

PRIMERA PARTE

La Muerte del Milenio, El Nacimiento del Amor

*¿Qué tienes, qué tenemos,
qué nos pasa?
Ay, nuestro amor es una cuerda dura
que nos amarra hiriéndonos
y si queremos
salir de nuestra herida,
separarnos,
nos hace un nuevo nudo y nos condena
a desangrarnos y quemarnos juntos.*

(El Amor, Pablo Neruda)

LOS GUERREROS DE XI'AN, 29 DE JULIO DE DOS MIL OCHO

La delegación del comité olímpico español se había desplazado hasta China para ver las maravillas del país organizador de los Juegos de verano de ese año. A nadie le importaba la falta de respeto a los Derechos Humanos del gobierno de Pekín, ni los rumores de dopaje que recorrían los mentideros de las principales federaciones. Allí se iban a abrir negocios con la excusa de ver a un montón de tipos esforzados por ganarle una centésima al cronómetro, un centímetro al estadio o un punto al rival. Pero a nadie le importaba que en la República Popular China hubiese un corredor de la muerte con más habitantes que algunas de las naciones participantes. Todavía quedaban más de mil cuatrocientos millones de potenciales compradores de caramelos adosados a un palo, productos cárnicos ya cocinados y envasados al vacío, o maquinillas de afeitar desechables, por poner algún ejemplo de lo que los ciudadanos de aquella potencia, recién invadida por multinacionales de refrescos con mayor presupuesto en publicidad que Producto Interior Bruto de algún que otro Estado occidental, podrían comprar, amén de toda la comida basura del planeta a mejor precio tras los Juegos. El escaparate de las olimpiadas era demasiado imponente como para perderselo.

De modo que miles de tipos sin escrúpulos ni decencia alguna estaban recorriendo la Gran Muralla, la Gran Presa del Yang-Tsé, Shangai, Cantón, Hong Kong y, por supuesto, la mayor joya arqueológica del mundo junto al Valle de los Reyes, Los Guerreros de Xi'an. Una empresa de servicios de gran lujo había contratado guías occidentales para explicar aquella maravilla propia de un loco, como casi todas lo son. No querían una estrella mediática que les explicase cuatro tonterías que podrían leer en cualquier libro, suponiendo que tuviesen tiempo entre amasar dinero, follarse sin control y meterse kilómetros de cocaína mientras se exhibían como pavos reales en fiestas que sirven, habitualmente, para reunir sus tres actividades exclusivas antes reflejadas. Allí estaba Santiago Martín Álvarez, catedrático de Historia del Arte, enseñando los míticos ejércitos del primer emperador de China allá por el siglo XII antes de Cristo. Llevaba trece días en aquel vasto país y le dolía la garganta de contar cosas a gente que no le interesaba ni lo más mínimo lo que decía. Aquello era un *quid pro quo* ya que a él tampoco le importaba absolutamente nada de lo que allí hablaban, ni quiénes eran, ni cuál era

el número de su cuenta cifrada en Zurich. Nadie le interesaba un carajo, pero la Universidad de Valladolid estaba a la caza de mecenas que solucionasen su ruina por sobredimensión y él había aceptado aquel caramelo envenenado de buen grado, de modo que sarna con gusto no pica. Miraba aquí y allá y su interés por aquellos magnates disminuía con cada parpadeo, al menos hasta ese día en el que se habían incorporado los rezagados, los que tenían negocios en España y habían demorado su presencia en China hasta el último momento. Sus agendas se lo permitían y los billetes eran abiertos, de modo que podían volar el día que quisiesen.

Entre la nómina de éstos destacaba Rafael García-Maluenda de Goirizabala y su esposa Gracia Celina de Miguel Prieto, una pareja ejemplar donde las hubiese. Llevaban quince años de perfecto matrimonio. Se habían casado en un monasterio de la provincia de Soria un viernes por la noche y luego habían disfrutado del resto del fin de semana con una montería ideal, salvo para las piezas abatidas, los invitados que quisiesen, demostrando que aquel himeneo era, además, una exhibición social. Él apareció con un elegante traje de lana fría de una marca italiana y ella con un vaporoso vestido de gasa drapeada. Estaban siempre bronceados, Gracia habitualmente menos, casi nada, pero sin caer en el exceso. Ella había pedido la excedencia tres años atrás para dedicarse en cuerpo y alma a su hija Nora que tenía un trastorno nervioso propio de la malcriada y caprichosa adolescencia occidental. Aquella anorexia nerviosa estuvo a punto de acabar con la hija, física, y con la madre, mentalmente. No es que le hiciese falta dinero alguno para llegar a fin de mes, su marido se había enriquecido con la especulación y el boom de la construcción cuando la peseta agonizaba y había que blanquearla de la manera más impune posible y en la actualidad presidía una constructora de grandes obras de ingeniería que tenía contratos firmados en treinta y siete países distintos, incluida China; pero a ella le gustaba trabajar, investigar en las bibliotecas de Europa y abandonar el tópico de casi todas las esposas de grandes ejecutivos de consumista compulsiva. Además, desde su excedencia, no había podido despistar esas escasas horas que necesitaba para estar con aquel hombre que explicaba, en este preciso instante, como se hallaron las primeras esculturas de terracota: Santi. Precisaba de su ternura, de su forma nerviosa de cogerle la mano, de sus constantes deseos de cometer una locura y llamar a Rafa por teléfono para anunciarle que le dejaba, de ese instante mágico que era oírle repetir que no se desahogaría sexualmente con ella a menos que se lo pidiese sinceramente y, sobre todo, su forma de verbalizar su amor, siempre poética y pura como si él fuese el mesías del eterno culto al amor sexual y asexuado, del amor entre dos personas. Santiago besaba a Gracia

primero con miedo, como si ella le fuese a rechazar, luego con pasión, como si estuviesen a punto de hacer el amor, y, para finalizar, con tristeza y profundidad, como si fuese la última vez, el último encuentro. Las tres maneras del acercamiento más íntimo tenían su porqué. Como se veían de cuando en cuando, y siempre a salto de mata, nunca sabía, al principio, si aún le amaba o si por el contrario le iba a decir que aquella locura debía terminar; luego la pasión reflejaba cuanto amor sentía, una vez confirmado que todavía se amaban y formaban ese tercer cuerpo que contaba Saramago en uno de sus libros; y, por último, la tristeza y la profundidad venían marcadas por el reloj, las prisas y el acrecentamiento de ese amor que sentían el uno por el otro incapaz de agostarse y cada vez más, más, más grande. No eran unos jovenzuelos libres de cargas ya pero habían sabido mantener ese reducto de felicidad en el medio de la asfixiante rutina. Santi se había casado con Leticia Palenzuela en mil novecientos noventa y cinco y se había divorciado de ella cuando su hijo Pablo, como Gargallo, sufrió el accidente que le convirtió en nada prematuramente, en febrero de dos mil, tras soltarse del brazo de su madre y ser atropellado por un imbécil con un coche caricaturizado de esos que denominan los que escriben sobre el tema con el anglicismo, generalmente superfluo, *tuning* y que iba a más del doble de la velocidad permitida en ese tramo de vía. Santiago, que se había casado casi por venganza ante la boda de Gracia, encontró en aquel dolor sin remisión su castigo por una boda mentirosa y le dijo a Leticia que aquello era el fin. Al menos tuvo los arrestos suficientes para tomar él la decisión y no esperar a que el tiempo se hiciera cargo del fin, como cantaba Pablo Milanés. Recordaba el funeral como la avenida del Infierno hasta que una mano le tocó en el hombro y sin permitirle volverse musitó con voz queda pero firme que aún tenía alguien en el mundo que le amaba. El abrazo de Gracia en aquel grosero lugar donde jamás debería haber un niño le había hecho llorar como pocas personas le conocían en su vida. Siempre había sido un chico duro de cara a la galería y orgulloso como él solo. Jamás se había dejado ver con lágrimas en los ojos hasta ese momento del abrazo. Pero todo eso ahora era un crudo recuerdo y lo que allí delante había eran tipos con pelo grasiento y engominado, trajes caros, corbatas de seda y mujeres en batalla constante contra la acumulación de grasa y el envejecimiento temerosas de perder su posición social, su matrimonio y convertirse en el tema de conversación del resto de aquellos buitres con plumas de ave del paraíso; guerreros de terracota con sus armaduras y sables perfectamente esculpidos, caballos acompañando el túmulo y, sobre todo, Gracia, con su tez nada blanquecina bajo esa capa de rayos uva y su corazón intacto para él tras ese elegante vestido y una lencería desmesuradamente cara. Una tímida

pero longeva sonrisa se dibujó en la cara de ambos, separados por varios andamios y un montón de esculturas capaces de dejar boquiabierto a cualquiera con una gota de sensibilidad. Rápidamente ella dejó el brazo de su marido y se fue acercando con esa aparente indiferencia de quien parece un espía en vez de lo que es en su aburrida existencia. Por su parte, el profesor Martín Álvarez aceleró su monólogo y cuando Gracia estaba justo a dos metros y en el mismo pasillo andamio Santi dio por finalizada su charla como si estuviesen coreografiando la escena.

–Parece que lo llevamos haciendo toda la vida.

–Es que lo llevamos haciendo toda la vida, preciosa –contestó con voz tranquila y baja el recién silenciado.

Los ojos de ambos se cruzaron un instante y la sempiterna sonrisa que se otorgaban el uno al otro cuando estaban juntos reapareció como el rayo precede al trueno. No tardaron en salir y dirigirse al autobús con tapicería de cuero y asientos climatizados individualmente que la embajada les había puesto. Un minuto de soledad les bastó para besarse furtivamente, como si supiesen que aquel pecado les condenaría al Infierno y, aun así, apostarían por su particular Cielo. Los ojos de ambos estaban fijos en su alter ego y una ráfaga de cordura les recordó que no estaban solos y que en cualquier momento alguien les podría ver y complicar la vida de aquella fenomenal mujer.

–Te amo, Santi.

–Yo también te amo, Gracia. Siempre te he amado.

–¿Desde el primer día?

–Lo sabes de sobra. Desde el primer instante. Desde la primera corrección.

Luego de tanta ternura condensada se separaron y él hizo amago de estarle contando alguna anécdota sobre el emperador. Un empleado de las instalaciones les convidó a salir con toda la amabilidad del mundo pero en un inglés de Tarzán. Salieron dejando atrás miles de matices maravillosos de terracota y flotando su amor. Casi al llegar al autobús ella le preguntó entre dientes que qué pintaba él allí y la respuesta fue que de sobra lo sabía. Un nuevo amago de sonrisa sin llegar a brotar apareció en sus caras y toda la complicidad se derramó al cederle él caballerosamente la vez para subir al vehículo de gran lujo. Alguien se acercó a Santiago y le conminó a ir hacia el otro autocar, en el que había venido él. No se había dado cuenta de que habían llegado en diferentes momentos. Una vez a su lado se le nublaba todo lo demás tanto en el

espacio como en el tiempo. Ella era la dueña de toda su vida, ausente o no, así que, presente la cosa se agravaba como un alcohólico rehabilitado en el medio de un bar. Ella era la heroína para el yonqui, capaz de matarle como el veneno que era pero necesaria para poder aguantar un instante más. Sonrió al chino que le indicó cual era su transporte y, mirando de soslayo a la mujer que amaba, caminó sin ninguna gana hacia aquel tormento que era separarse de ella estando tan cerca.

El viaje lo hicieron entre la pura actuación, ella, y la ansiedad más rotundamente enfermiza, él. Entre un marido que le cogía la mano sin otro afecto que el de marcar el territorio y dar un aviso a los navegantes con aspecto de ir a ver un partido de polo más que a un hallazgo arqueológico, ella, y una continua búsqueda en el reloj del final del tormento, él. Entre una sonrisa pintada y retocada más falsa que el beso de Judas, ella, y unos dientes apretados para intentar aliviar tensiones aunque creando el efecto contrario, él. Entre olores caros y tristeza interior, ella, y un sudor frío adosado a un compañero de asiento nauseabundo y desasosegante, él. Entre la muerte en vida, ambos. Como siempre.

Cuando llegaron al aeropuerto que les iba a devolver a la capital del país tomaron un refrigerio al más puro estilo occidental mientras algún lacayo, eso sí comunista de toda la vida, les recogía los billetes. Gracia miraba para atrás constantemente y no veía ni de lejos a Santi. Se estaba poniendo nerviosa de veras. Le dijo a Rafa que se iba al servicio de la sala VIP. Desde la puerta pudo otear mejor aquel desangelado lugar con zona para ricos –qué había sido de las enseñanzas del padre Mao– y observó como el hombre de su vida le sonreía apoyado en un anuncio de perfume neoyorquino–. Ella salió disparada hacia él como si todo el oxígeno del universo se concentrase en los alrededores de aquel profesor de Arte de una desgastada por la inercia universidad pública española. Se saludaron entre la duda y el miedo pero sus caras les fueron delatando rápidamente. El tiempo es oro cuando se ama y más cuando se ama como ellos lo hacían. El amor furtivo, afirmaba en uno de sus correos electrónicos Santiago, es aquél que sabemos que no va a morir nunca y sólo lo harán sus actores, a veces, de pura frustración.

–¿Por qué no estás con los demás?

–Porque yo voy por carretera.

–¿Por carretera? ¿Por el miedo a volar?

–No. Sólo porque soy el guía. Nunca he sido otra cosa para esa colección de ricos de tres al cuarto con los que viajamos. Para ellos un

catedrático es un funcionario que da notas para que ellos exploten al alumno cuando salga al mercado laboral.

–Si tú vas en autocar yo también.

–Y qué le vas a decir a tu marido “cariño, he pensado que me dan pánico los aviones después de venir desde la otra punta del mundo”.

–Tú déjalo de mi cuenta y espérame.

No pasaron ni tres minutos cuando Gracia Celina, la mujer más perfecta de la creación, y eso incluía todos los planetas habitados o por habitar, apareció con su aspecto más jovial, su cámara de fotos digital colgada de uno de sus redondeados hombros y una bolsa enrollada en una de sus manos. La cara de Santiago estaba entre la estupefacción y la dicha. Unas palabras de la perfección femenina le definieron el semblante mejor acercándolo más al primero de los rasgos. Ha sido simple, dijo, le he contado lo nuestro. Tras una carcajada la verdad lució con todo su esplendor. De su boca recién retocada por el carmín y el gloss partieron hermosas palabras, injustas para la bondad de Rafael pero en el centro de la balanza para el amor verdadero, para Santi. Como excusa le había puesto que estaba algo sonada por tantas horas de avión y que deseaba fotografiar la auténtica China, no la que les iban a enseñar. Como Rafa tenía una cita con el comisario del partido encargado de hacer el informe para la aprobación del delegado zonal y posterior presentación al comité del partido en Pekín para la construcción de un nuevo tramo de autopista entre la ciudad organizadora de los Juegos y la propia Xi’an o Sian, como se escribía españolizado, no podía acompañarla en su visión del país como un reportero de National Geographic Society y, de paso, Rafa podría conocer los prostíbulos de gran lujo fundados por el partido para los hombres de negocios occidentales y que groseramente se maquillaban de zonas de ocio y recreo, de pubs o de variopintos nombres, porque en la revolución, en cualquier “paraíso” comunista no existía ni la lucha de clases, ni las clases, ni la explotación de la mujer, ni nada que se le pareciese, eso sí, muchachas de las juventudes siempre estaban dispuestas a satisfacer las inquietudes de los grandes señores venidos desde muy lejos con el fin de engrandecer la gran patria. No es que Rafa le fuese a ser infiel a su mujer, quizás sólo físicamente, pero no era su estilo, no obstante la mera curiosidad del potentado magnate le vencería una vez más. Le gustaba conocer cosas nuevas, es posible que por ello hubiese veces que parecía desatender a su familia. A ellos ya los tenía muy vistos.

Las carreteras de China, al menos las de esa zona del país, no eran precisamente pistas para bólidos, ni mucho menos. Para Santiago y Gracia aquellos baches, aquellas dilaciones por que se atravesaba un rebaño de

cebúes o porque pasaba un convoy militar no hacían más que concederles tiempo extra, un segundo más, un beso más, una caricia, más. Y aquí sí que la suma de ternuras se hacía obligatoria después de tres meses sin verse, sólo por teléfono o por correo electrónico, eso sí, todos los días, porque no podían, ni querían, vivir el uno sin el otro aunque las circunstancias fuesen las que eran y nadie deseara hacer daño a nadie. Santiago era un caballero de los pies a la cabeza y reconocía en Rafael a una buena persona, sensible a los problemas, aunque demasiado amante de su trabajo y de lo que éste le reportaba. Pero sobre todo subrayaba que jamás se había portado mal con su amada y eso, a pesar de los pesares y desde lo más hondo de su ser, obligaba a su nobleza a no darle pena como moneda de cambio ni forzar las cosas para que ella se viese empujada a una ruptura dolorosa, aunque en su fuero más íntimo lo deseaba con todas sus fuerzas. Sabía que Gracia quería a Rafa pero que le amaba a él y con eso se conformaba, con eso se tenía que conformar y no debía darle más vueltas, y menos desde la promesa del cementerio de los alemanes. Su cabeza, trastornada por su corazón, ya había sobrevivido a la locura, a la depresión, al alcohol y a la misma muerte, aunque fuese la de su hijo y hubiese deseado la propia. Al menos hasta que Gracia Celina llegó y puso su blanca mano sobre aquel hombro cargado de melancolía y de un millón de miserables excusas para no suicidarse esa misma tarde. Pero el pasado no existía ahora ni importaba. Si algo es el amor es egoísta en su absoluta generosidad para con la otra parte y Santi absorbía todo el tiempo de Gracia y la mujer perfecta el suyo. Un frenazo más les despertó a la realidad y a un amanecer encarnado y algo plomizo. Gracia se había quedado dormida sobre el pecho de aquel hombre con los ojos rijosos por la ausencia de descanso.

–Tienes los ojos rojos.

–Es que te he estado observando toda la noche. No quería que nada interrumpiese este momento. Es la primera vez que dormimos juntos.

–Es la primera vez que duermo. Porque tú...

–No importa. Ver tus ojos moviéndose bajo esos párpados que tantas veces he besado y comprobar que duermes con una sonrisa en los labios es mucho mejor que reposar y soñar con todo lo que he podido comprobar.

Gracia se abrazó a aquel muchacho de veinticinco años que había conocido en circunstancias extrañas en un museo de Madrid y cuando le miró a la cara las primeras arrugas y las muchas canas le musitaron que a quien estaba agarrada ya tenía cuarenta y uno y que necesitaba algo más que cotejar cada muchos meses, siempre demasiados, que había

envejecido y no precisamente junto a él. El espejo que se encuentra en el amor, como le escribió en otra de sus cartas el poeta metido a profesor, no te deja ver el paso del tiempo al mirarte en él sino al recordar todas las cosas que hiciste mirándote en él. Y después de eso, de acabar sus epístolas y poemas, lloraba en soledad disfrutando como un masoquista de las punzadas del amor verdadero y las palabras con las que lo describía. Siempre eran palabras desesperadas, sufrientes, golpeadas por la injusticia de la separación. Se sentía más desgraciado que Orfeo, porque al menos el personaje mitológico la había tenido como propia y había podido hacerla su esposa. Pero él, un triste profesorcillo de universidad, por muy catedrático que fuese, cuando lo pensaba detenidamente, no podía creerse ser poseedor de tan mala suerte. Se veía a sí mismo como el hijo de Eagro a orillas del Aqueronte llorando eternamente y sin probar bocado hasta que el propio rey de los Infiernos, o el de los Cielos, quien fuera le daba igual, le permitiese entrar a buscar a su particular Eurídice, a su ninfa bella y modesta como nos la muestra la Mitología griega. Cuando ya no podía aguantar el dolor pensaba la cazoleta de su pipa con su atacador tras llenarla de marihuana y rezaba a un Dios en el que no creía para que le llevase pronto, bien junto a Gracia, bien junto a su hijo, pero que le llevase de una vez. Esta era la única sustancia no natural que metía en su bien cuidado cuerpo. No podía soportar tanta soledad, tanta tristeza, tanta grísea invadiendo su destartalada existencia. Él, que siempre había presumido de galán en su ego más interno, estaba atrapado entre el cuerpo de la serpiente como Laocoonte, del ofidio más hermoso que jamás ser divino creó. Luego recordaba, con una sonrisa de derrota en su boca, que aquella escultura helenística era su favorita de esa etapa. La armonía de sus movimientos, los hijos del susodicho feneciendo ante el ataque mientras el padre se dejaba la vida para que sus vástagos la pudiesen disfrutar un momento más. Todo se le venía encima al doliente Santiago como se autodenominaba en ratos de buen humor y de mofa de sí mismo. El Cielo no se ganaba en un día pero el amor sí. Y todo lo que acarrea el amor es el Infierno que se paga por un segundo de asalto al Éter en la Tierra, que es eso que se recibe como eterno salario por un instante, por ese abrir y cerrar de ojos previo a quedar deslumbrado y ciego para el resto de los tiempos, como Saulo en el desierto de Damasco. Dios, cualquiera que sea su denominación, no puede permitir que un par de mortales vean el Paraíso Celestial sin pagar con su vida como tributo y mucho menos en la Tierra, su peor creación.

Pero ahora estaba con la productora de su ceguera entre sus brazos y el chofer nativo parecía demasiado concentrado en su oficio como para poder quebrar el segundo adicional de intimidad que la vida les regalaba.

La gran urbe se oteaba en el horizonte con todo su ruido de fondo asfixiando los pensamientos de los amantes sin ciudad ni destino, ni de Teruel, ni de Verona, ni de sus respectivas ciudades de origen, aunque en ambas se hubiesen amado. En Valladolid habían pasado tardes enteras musitando palabras de amor como rezaba la canción *Ansiedad* en la voz del maravilloso Nat King Cole. Y en Madrid... En Madrid se conocieron y disfrutaron de horas sajonadoras y hermosas, como la escultura de *Laocoonte y sus hijos* tan perfectamente definida por los tres escultores rodios, Agesandro, Polidoro y Atenodoro, allá por el siglo primero antes de Cristo.

No obstante el apunte cultural no pasaba de un mero ejercicio de memoria general y lo que él necesitaba era un poco de egoísmo particular, en concreto, besar una vez más a la pelirroja con aspecto de musa de Klimt que estaba estirando su cuerpo apoyada en su regazo. Podía ser una bailarina de Degas por su delgadez y sensualidad como las que vieron juntos en el museo de Orsay. Aquella visita a París fue mágica. Sólo coincidieron por casualidad porque habían roto su relación, como otra vez hicieron después, días antes por fax. Ella le había dicho que estaba recién casada y que no podría soportar aquella situación. Él le había mandado un poema dolorosísimo por correo desde su departamento de la Facultad de Filosofía y Letras.